

ERNESTO LUMBRERAS



## AMADO NERVO Y ALFONSO REYES,

### LA PELIGROSA SERENIDAD

Fechado el 6 de mayo de 1915, Amado Nervo (1870-1919) concluye quizá el poema más memorable —en la acepción popular del término— de su obra lírica: “En paz”. Reconozco que entre el gran público que su poesía reunió mientras él vivía, esa pieza de hondura moral estaba en competencia con otras de igual efecto en la construcción de lo que la sociología denomina educación sentimental. Pienso, por ejemplo, en poemas como “Cobardía” o “Me besaba mucho” donde la efusividad y la confesión conectan con el estado emocional de sus lectores más entusiastas; pero remontando generaciones y gustos, y si nos llamaran a juicio para discutir el lugar del poeta nayarita, tendríamos que echar mano de textos incuestionables de la altura de “La hermana agua”

o “A Kempis”.<sup>1</sup> Por aquel entonces, cuando no sabía “que mayo fuese eterno”, el poeta contaba con 44 años, y las tentaciones y los abismos frecuentados tras la muerte de su “amada inmóvil” (un gélido 7 de enero de 1912 en Madrid) turbaban su alma. Esos hados inhóspitos con camuflaje de Musas lo llevaron a decir con hiperbólica y profética intuición: “Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida”. En realidad, esos personajes siniestros eran las Parcas

1 A casi diez años de su muerte, en la *Antología de la poesía mexicana moderna* (1928) firmada por Jorge Cuesta, se seleccionaron poemas “de su primera época, que lo representan quizá más imperfectamente; esto es: aquellos que inspiró menos su ambición de sinceridad que su vanidad artística”. Se presume que el autor de tales líneas es Xavier Villaurrutia, redactor de la nota que precede a la muestra de Nervo (tal vez también responsable de la selección de los poemas) la cual, en contradicción a la cita, incluye el poema “En paz”, pieza de la última etapa del poeta modernista.

que decidían “soltar hilo” cuatro años más para que Nervo resolviera algunos pendientes de vital trascendencia: renunciar a la intención de desposar a su hijastra, regresar a México después de una ausencia de 13 años y, finalmente, enamorarse de nuevo bajo las estrellas de la Cruz del Sur aunque fuera un romance de contadas citas, muchas cartas y demoradas llamadas telefónicas.

En mayo de 1916, hace 101 años, Europa era una trinchera infernal de la que escapaba España, dada su condición de país neutral. La situación al otro lado del Atlántico, en el solar mexicano, no se modelaba muy diferente: el fracaso de la Convención de Aguascalientes dio lugar a una lucha de todos contra todos de la que saldría victorioso el grupo comandado por Venustiano Carranza. En abril de 1915, Álvaro Obregón había derrotado a Francisco Villa en las decisivas batallas de Celaya. Tras controlar otros frentes y someter a otras facciones rebeldes, a los zapatistas sobre todo, Carranza se proclamó Presidente de transición y fue reconocido en octubre de ese mismo año por los Estados Unidos. Aunque simpatizante y beneficiario del antiguo régimen porfirista, el autor de *El Bachiller* (1895) se declaraba apolítico y defensor de una sola causa como representante de México: servir con lealtad a la patria.

En su epistolario con Luis Quintanilla –escritor y diplomático de carrera, padre del poeta estridentista Kyn Taniya– dispara algunas opiniones entre ingenuas y políticamente reaccionarias. Por ejemplo,

en una misiva del 30 de noviembre de 1911, a las pocas semanas en que el llamado apóstol de la democracia inició su mandato, con dudas y críticas en su contra, incluso de sus simpatizantes, el escritor nayarita apuntaba al vuelo estas líneas: “A pesar de todo, tengo esperanza de que se arreglen las cosas gracias a Madero, que está mostrando un espíritu de serenidad y de justicia muy simpático” (Nervo, 1991: 1157). Las cursivas que marco a la cita justifican mi acusación de retrógrado y ¿cándido? Por eso, llegado el momento de las definiciones, tras los días de la Decena Trágica, los asesinatos de Madero y Pino Suárez y la imposición del cuartelazo de Victoriano Huerta, el poeta no titubea en declarar al mismo Quintanilla, en una misiva del 7 de mayo de 1913, estas inmoralidades compartidas por la mayoría de los intelectuales mexicanos de aquel periodo: “Parece que lo de México se va arreglando y que tendremos paz. ¿No clamábamos por una mano de hierro que dominara la anarquía espantosa en que hemos vivido desde fines de 1910? Pues allí está la mano de hierro...” (Nervo, 1991: 1161).

Durante esos meses que la ilegalidad, encarnada en el gobierno espurio de Huerta, levantaba simpatías en un reducido sector de la sociedad mexicana, Amado Nervo y varios de sus cercanos cobijaban ascensos, cargos y comisiones. Desde México, José Juan Tablada, un rehabilitado en las esferas del poder, movía hilos y conmovía voluntades para concretar el nombramiento de su compañero de la *Revista Moderna* en la embajada de México en Italia o, por qué no, convencer al



mismísimo general de los espejuelos oscuros de convertirlo en su Ministro de Relaciones Exteriores.<sup>2</sup> Transcurren los primeros años de su viudez, y entre la crianza de Margarita, las labores en el despacho de la Legación, sus colaboraciones para diarios europeos y americanos o sus compromisos sociales en un Madrid un tanto provinciano, el poeta de *Místicas* (1898) madura en su espíritu una transformación que habrá de aflorar en sus entregas líricas de este periodo crucial: *Serenidad* (1914) y *Elevación* (1917).

Durante esa etapa de duelo y renovación, Amado Nervo mantuvo un trato personal y epistolar con un joven y brillante escritor mexicano recién llegado a París, que ocupaba un cargo de segunda categoría en la embajada de México con el cual apenas podía mantener a su joven familia. Con 24 años, Alfonso Reyes (1889-1959) llegó a Europa cargando los fantasmas de aquellos días de “Febrero de Caín y de metralla” —diría el propio Reyes— donde su padre, el General Bernardo Reyes, perdería la vida frente a la Puerta Mariana del Palacio Nacional el 9 de febrero de 1913.<sup>3</sup> En la solidaria tristeza

**EN LA SOLIDARIA TRISTEZA  
Y EN LA RESIGNACIÓN DE  
CONVIVIR CON SUS DIFUN-  
TOS EN OTRA ESFERA DE LA  
REALIDAD, POR EJEMPLO,  
EN LA DE LA LITERATURA,  
EL PROMISORIO Y EL CON-  
SAGRADO ESCRITOR SE  
RECONOCIERON Y TRAZA-  
RON SIMPATÍAS MUTUAS.**

y en la resignación de convivir con sus difuntos en otra esfera de la realidad, por ejemplo, en la de la literatura, el promisorio y el consagrado escritor se reconocieron y trazaron simpatías mutuas y bien correspondidas, donde la curiosidad del primero se saciaba a plenitud en la generosidad y la experiencia vital y literaria del segundo.<sup>4</sup>

Aunque el poeta de *La amada inmóvil* (1920) refiere un encuentro anterior, tal vez de 1905, con un Reyes cachorro de la Escuela Nacional Preparatoria, el ensayista de *Cuestiones estéticas* (1911) fecha el primer encuentro en septiembre de 1913, en París, a las pocas semanas de su dolorosa partida de México. En carta a su siempre cercano y crítico amigo Pedro Henríquez Ureña hace la crónica del nuevo contacto: “He conocido a Nervo, que ya me conocía.

Me encontré con un hombre enteramente distinto (físicamente hablando) del que me esperaba. Es un delicioso conversador, y me parece que los dos nos estimamos. Por desgracia pasa por París con vertiginosa rapidez pues, oficialmente, debiera estar a estas horas en San Sebastián” (Reyes y Henríquez Ureña, 1986: 1998).<sup>5</sup> El epistolario de Nervo dirigido a Reyes suma 34 documentos entre misivas, recados y tarjetas; las respuestas del nacido en Monterrey se perdieron entre los muchos papeles y los viajes del poeta de Tepic. La primera carta está fechada el 5 de mayo de 1914 y el último documento, una tarjeta de visita, sin fecha pero con la notación de México, seguramente de 1918.

2 Ciertamente los castillos en el aire de Tablada no trascendieron en la carrera de su colega. El puesto de canciller lo ocuparía un novelista, el autor de *La parcela*, gobernador de Jalisco todavía hacia unos meses. En el epistolario de Amado Nervo encontramos una sola carta dirigida a José López Portillo y Rojas, el flamante Ministro de Relaciones Exteriores del régimen huertista. Fechada el 24 de abril de 1914, el poeta escribe a su “Muy distinguido jefe y amigo” para que la Tesorería de la Nación deduzca de su sueldo como Secretario de Legación mexicana en España “la suma de sesenta pesos, con los que deseo contribuir mensualmente a la paga de nuestros soldados, en tanto dure la guerra con los Estados Unidos...” (las cursivas son de Nervo). Pone, también, al servicio de la patria, su pluma y “su precaria salud” si fuera menester tomar un arma contra la ocupación yanqui en Veracruz que duraría del 21 de abril hasta finales de noviembre de 1914 (Nervo, 1991: 1194-1195).

3 En las primeras entradas de su *Diario* anotará Alfonso Reyes sobre la encrucijada política y moral de aceptar el encargo diplomático del gobierno de Huerta. Con anterioridad, había rechazado la invitación para ser el secretario particular del usurpador; además, había exhortado en el ámbito familiar y amistoso para que su hermano Rodolfo y Enrique González Martínez renunciaran a sus puestos en el gabinete infecto de ilegalidad y crimen. Casi como disculpa, tras el acorralamiento de “El Chacal” a uno de los crios del General Reyes, el joven escritor informa a [la historia?] y a su conciencia: “me dejé nombrar secretario de la Legación de París, y al fin consentí en salir de México, el 10 de agosto de 1913...”. Las cursivas son mías. (Reyes, 2010: 9).

4 En la memoria de los días infantiles de Nervo, en su natal Tepic, hay un recuerdo de la entrada de Bernardo Reyes a la plaza después de combatir a Manuel Lozada, el temible “Tigre de Alicia”, en la Batalla de la Mojenera de enero de 1873. Su madre le explicaría, tiempo después, quién era aquel valeroso personaje, brazo derecho del General Corona, en la empresa de derrotar a esa amenaza social y militar encabezada por Lozada. Con toda seguridad, este registro emocional sumó argumentos en las lealtades del corazón para afianzar la naciente amistad.

5 En el retrato que hace Reyes, efectivamente tras la muerte de Ana, el poeta cambia su fisonomía: desaparece los espesos y puntiagudos bigotes y luce sin mortificación su calva de consúl romano. El nuevo look de Nervo acentúa su nariz aguilena y su afilado rostro, lo que le confiere un aire de melancolía y meditación muy a tono con el rumbo de su lírica de los últimos años.

En las cartas de Nervo a Reyes se presiente la fraternidad y el aprecio mutuo; no hay la confianza y la camaradería que se percibe en las misivas de Luis G. Urbina, ni mucho menos el ámbito de la confesión y del examen abierto de las que intercambia con Pedro Henríquez Ureña. Además de comunicarse asuntos concretos y prácticos, la revalidación del título de abogado de Reyes, alguna propuesta laboral, la posible venta del espadín del uniforme diplomático y cosas por el estilo, en la correspondencia también se dan cita asuntos literarios. En una de estas cartas, por ejemplo, el poeta mayor hace acuse de lectura del libro *Ensayos y poemas* (1917) de Julio Torri, obsequiado por Reyes; dice Nervo al respecto: “es un librito por todo extremo simpático, de un humorismo a la inglesa que no desdeñaría el paradójico e imprevisible Marcelo. // ¿Recuerda usted *Les vigneron dans sa vigne* de Renard? Pues no le son inferiores los *Ensayos*” (Nervo, 1991: 1202).<sup>6</sup> O también, en carta de mayo de 1917, después de la lectura de *Ortodoxia* de Chesterton que el regiomontano había traducido, el poeta de las multitudes confiesa sus deseos de leer cierto tipo de obras: “Algo, pues, como todo lo que Usted me envía muy en tiempo y en sazón. Yo no leo ya sino lo que me hace pensar y me ayuda a ‘ahondar’” (Nervo, 1991: 1201). Lo dicho, la metamorfosis espiritual del otrora poeta de la carne y del pecado se había iniciado años atrás y se perfeccionaba hasta alcanzar una expresión íntima y confesional, con la expectativa de borrar todo artificio, cumpliendo a su manera el dictado de Tibulo, *ars est celare artem*.

Después de la derrota y del exilio de Victoriano Huerta en agosto de 1914, todo el cuerpo diplomático quedó a la deriva, a la espera de una exhaustiva y casuística revisión de los integrantes del servicio exterior. En esa encrucijada, Nervo y Reyes se encontraron sin empleo fijo, es decir, al margen del erario público y bajo sospecha de colaboracionismo.<sup>7</sup> Como lo haría en su primer viaje

a París en 1900, después de que un celoso Rafael Reyes Spíndola lo despidiera como corresponsal de *El Mundo* a mitad del viaje, el poeta de *En voz baja* (1909) sabía vivir de su pluma y de su creciente fama; periódicos y revistas de París, de La Habana o de Buenos Aires solicitaban sus siempre bien recibidas colaboraciones que un nutrido auditorio de lectores valoraba, a veces con furor. El poeta mayor convenció al joven de abandonar París para venir a Madrid con su pequeña tribu, su esposa Manuela y su hijo Alfonso, ante la amenaza de los ejércitos del Káiser y los estragos del desempleo;<sup>8</sup> escribió cartas de recomendación para editores y funcionarios madrileños a fin de que brindaran su apoyo “al primer escritor, sin duda alguna, de los jóvenes de México” (Nervo, 1991: 1196).

Destaco, más allá de las circunstancias del momento y de afectos del pasado, que Amado Nervo reconoció en Alfonso Reyes a un muy inteligente lector de su poesía. Pero no solo eso. En las primeras misivas, el novel escritor envía su comentario de *Serenidad* (1912) publicado en la *Revista de América* editada en París. La respuesta de Nervo describe algo más que entusiasmo y vanidad: “Muchísimas gracias por su juicio, tan lúcido, sereno y documentado con respecto de mi libro. Es quizá el mejor y el más amplio que sobre mí se ha escrito. Le quedo de veras muy obligado” (Nervo, 1991: 1195). Después de esa reseña nada complaciente, el vate modernista identifica en el ateneísta a un prospecto ideal para ordenar y custodiar su legado. Los siguientes

---

diplomático, un grupo de artistas propuso a las Cortes españolas que Nervo recibiera una pensión de 7500 pesetas anuales. Con gratitud y honor, el poeta mexicano no aceptaría el apoyo, decidido a vivir como “un pequeño filósofo” (Azorín *dixit*) en la gracia de la austeridad. Fueron casi dos años de estar en limbo, pues merced a las intermediaciones de Isidro Fabela y Juan Sánchez Azcona ante Carranza, el poeta fue reinstalado en el Servicio Exterior en julio de 1916. El caso de Reyes demoraría varios años más, no obstante la cercanía con Fabela, cófrade ateneísta; una vez asesinado Carranza, en mayo de 1920, el autor de *El suicida* (1917) fue nombrado el 10 de junio de 1920 segundo secretario de la Legación en Madrid en la Presidencia Provisional de Adolfo de la Huerta. Sin embargo, un año antes de su nombramiento, Alfonso Reyes participó como secretario de la Comisión Francisco del Paso y Troncoso.

<sup>8</sup> Después de abandonar París con ciertos apremios, Reyes deja a su familia en casa de su hermano Rodolfo, en San Sebastián, y parte solo a Madrid a comienzos de octubre de 1914. Ante el escenario bélico en buena parte de Europa y el ascenso de Carranza en México, la neutral España se presentaba como la única opción real para Reyes, doblemente *apestado* como colaboracionista del régimen de Huerta e hijo de un golpista del gobierno de Madero.

<sup>6</sup> Anota Reyes en esta carta que ese Marcelo es, por supuesto, Marcel Schwob. En 1920 la editorial Cultura publicó *La linterna sorda* de Jules Renard, traducción y estudio de Genaro Estrada; en este volumen aparece el libro citado por Nervo con el nombre de *El viñador en su viña*. Con toda seguridad, Torri leyó esta pieza en francés y aprovechó ciertas lecciones del célebre autor de *Pelo de zanahoria* que transformó con ingenio personalísimo.

<sup>7</sup> Después del comunicado constitucionalista del cese de su encargo

cuatro años compartirán la misma villa castellana, la nostalgia y el desasosiego por las noticias del terruño y los reacomodos de los prestigios literarios ante las hordas vanguardistas. En este periodo, la obra literaria del nacido en Tepic renuncia abiertamente a sus fueros parnasianos y decadentes y se torna esencial en su discurso, sin requiebros musicales y audacias metafóricas. El impulso de la sinceridad y la confesión rigen su decir sin reparar demasiado en la exigencia estética. Su debilidad más inmediata es desear conmover desde el mensaje mismo. Algunos críticos se han preguntado: ¿qué tan seria o propositiva fue su lectura de la poesía de Rabindranath Tagore? ¿O qué lecciones tomó de su acercamiento a la obra de Walt Whitman para dar ese giro en su poesía?

Por su parte, el nacido en Monterrey se forja un nombre en el epicentro de la lengua de Cervantes y Quevedo, convive y se confronta con los escritores de la generación del '98, se asume como un animador y un puente entre las literaturas de las dos Américas españolas. Aunque como poeta se encuentra en una etapa de búsqueda y construcción, como ensayista entregará en su primer periodo madrileño obras maestras en el género centauro. Y, por supuesto, en la experiencia literaria y en el trato con los escritores, a partir de la cercanía con Nervo, conoce a plenitud al hombre y a la leyenda. Los ensayos biográficos y literarios de Reyes reunidos bajo el título de "Tránsito de Amado Nervo" (1914-1929) del tomo VIII de sus *Obras Completas*, poseen, además del ojo crítico y la gracia de una prosa hospitalaria, una proyección anímica de aquellos años madrileños, de los sucesos apoteósicos que vendrían tras la muerte del poeta en mayo de 1919 y de las valoraciones posteriores a su desaparición física. La misión de Alfonso Reyes de reunir la obra de su compatriota, especialmente la dispersa en diarios de América y de Europa, mereció la aprobación de propios y extraños dada la seriedad y el rigor de la investigación y del trabajo editorial.

— Cuando se reencuentran a comienzos de octubre de 1914, en Madrid, la curiosidad literaria de Amado Nervo se había reducido a su propia aventura interior. Reconocía ciertas andanzas y renovaciones en el Rubén Darío del célebre poema

"Epístola a la señora de Leopoldo Lugones" y en la obra del mismo Lugones, en especial, la de sus libros *Los crepúsculos del jardín* (1905) y *Lunario sentimental* (1909). Entre los poetas nuevos de España había escrito en 1909 una cuartilla sobre Manuel Machado y poco más delataba su interés amén de condenar categóricamente a las artes futuristas. Además de aficionado a la astronomía era un diletante de la eutanasia y la cuarta dimensión. Para este periodo, Nervo había quemado ya las naves de la sinfonía modernista y se deleitaba con acordes elementales e intimistas, anunciados ya en su libro de 1909, titulado de manera emblemática *En voz baja*. En cambio, las antenas de Alfonso Reyes se orientaban hacia el pasado de la literatura de la lengua española como a su presente más actual, no obstante que se manifestaba escéptico de las vanguardias; asimismo, estaba al día de los sucesos y conspiraciones de las letras mexicanas, gracias a sus informantes Pedro Henríquez Ureña y Julio Torri; incluso, participaba con algunas colaboraciones aportando puntos de vista y conclusiones sobre el estado de la literatura mexicana como lo demuestra su ensayo "Nosotros", publicado en el número 9 de marzo de 1914 de la revista *Nosotros*.<sup>9</sup>

Cuando en marzo de 1920 el editor madrileño José Ruiz Castillo solicitó la colaboración de Alfonso Reyes para reunir la obra de Amado Nervo, la empresa se mostraba titánica y compleja; lo fue ciertamente mientras 29 tomos de versos y prosas fueron apareciendo entre 1920 y 1928. En su misión

9 Como otras colaboraciones de Reyes, esta se publicó previamente en la *Revista América* editada por el escritor peruano Francisco García Calderón en París, Francia. Se trata de un ensayo de revisión del pasado inmediato de nuestras letras con la indispensable apuesta de las nuevas generaciones para tomar el relevo. Es un convencido que las figuras de transición, entre la generación pasada y la venidera, son Enrique González Martínez y Rafael López. Sorprende un tanto el nombre de Jesús Urueta, puesto en el mismo renglón que los de Nervo, Tablada, Urbina como presencias sustantivas del pasado reciente que marcó una época gracias a la influencia de la *Revista Moderna*, cuando "Tablada doraba sus esmaltes; Nervo soñaba, entregado a su misticismo lírico; Urueta cantaba como una sirena. Y, a veces, llegaba de la provincia Manuel José Othón, con el dulce fardo de sus bucólicas a cuesta, lejano, distraído, extático" (Reyes, 1980: 620). Líneas más adelante, Reyes no se toca el corazón en señalar el errado comentario de Nervo sobre la métrica del autor de "Idilio salvaje": "Nervo cometió el pecadillo de acusar de viejos los metros de Othón; era el duelo entre el alejandrino modernista y el alejandrino clásico. Othón se defendía en privado, recordando que los alejandrinos castellanos son, a su vez, tan viejos como Berceo" (Reyes, 1980: 620-621).

diplomática en la Argentina, gracias a los buenos oficios de María Rosa Oliver –escritora cercana al grupo de Victoria Ocampo–, Reyes entró en contacto con el último amor del poeta modernista, Carmen de la Serna, quien le confió “un cuadernito de versos y pensamientos últimos de Amado Nervo...” (Reyes, 2010b: 131).<sup>10</sup> Este valioso material lo utilizaría el regiomontano para honrar la memoria del nayarita, a diez años de su fallecimiento, publicándolo en el único número de la revista *Libra* (1929); para tal propósito escribiría el ensayo, “El viaje de amor de Amado Nervo”, donde recapitula varias estaciones de la vida y de la obra del poeta. En esta revisión reconstruye los años de convivencia en la capital española, de octubre de 1914 a julio de 1918, y no duda escribir sobre la situación precaria y paradójica del bardo consagrado: “Después del silencio, del olvido casi completo en que discurría ya su vida madrileña, Buenos Aires lo recibió como un hogar en fiesta” (Reyes, 1981: 45). ¿Para ese periodo la obra de Nervo era una obra cerrada? ¿Había dejado de ser una presencia activa para convertirse solamente en un personaje legendario? Las palabras de su joven amigo coinciden con otros dictámenes, por ejemplo, con la lectura de Ramón López Velarde en su artículo “La magia de Nervo”: “Aún vivía él cuando me tentaba el deseo de formular mi disentimiento de su labor de los últimos años. Me abstuve, empero, por no lastimarlo en su carne de mortal” (López Velarde, 1994: 546).

Cuando Amado Nervo falleció en el Hotel Parque de Montevideo, Uruguay, el 24 de mayo de 1919, la noticia se convirtió en mito. En todos los países de la lengua española se rindieron tributos y sus funerales no tienen parangón en la historia de México; tal vez solo las exequias de Pedro Infante o Mario Moreno,

**CUANDO AMADO NERVO FALLECIÓ EN EL HOTEL PARQUE DE MONTEVIDEO, URUGUAY, EL 24 DE MAYO DE 1919, LA NOTICIA SE CONVIRTIÓ EN MITO. EN TODOS LOS PAÍSES DE LA LENGUA ESPAÑOLA SE RINDIERON TRIBUTOS Y SUS FUNERALES NO TIENEN PARANGÓN EN LA HISTORIA DE MÉXICO.**

Cantinflas, se acercan en los fastos y en la convocatoria de tales multitudes. Entre sus discípulos que retomaron la desnudez expresiva del mexicano, observo que Gabriela Mistral pudo desbrozar la carga moral y sentimental de la lírica de su maestro y logró un equilibrio siempre al límite entre forma y fondo; por otra parte, en los poemas religiosos de Carlos Pellicer, exentos del impulso vanguardista y del asombro por el paisaje, también reconozco un aire de familia con las tentativas del último Nervo. Por último, en la poesía de Alfonso Reyes ubico

una correspondencia de divertimento musical y de vena nostálgica, del tipo del memorioso poema “Vieja llave”. No es casual que el poema “Amado Nervo” que el regiomontano publicó en su ópera prima, *Huellas* (1922) reprodujera ese tono, de imágenes minimalistas y embeleso sonoro: “Por el hilo de la araña / tal vez te vimos subir; / de la luciérnaga fatua / ardías en el candil, / y eras la voz que cantaba / en el grillo más sutil”.<sup>11</sup> ●

---



---

#### REFERENCIAS

- Cuesta, J. (1928). *Antología de la poesía mexicana moderna*. Ciudad de México: FCE.
- López Velarde, R. (1994). *Obras*. Martínez, J. L. (Ed.). Ciudad de México: FCE.
- Nervo, A. (1991). “Epistolario”, en González Guerrero, F. y Méndez Plancarte, A. (Comps.), *Obras completas*, Tomo II. Madrid: Aguilar, pp. 1127-1223.
- Reyes, A. (1980). “Nosotros” en *Savia Moderna 1906 / Nosotros 1912-1914*. *Revistas Literarias Modernas de México*. Ciudad de México: FCE.
- Reyes, A. (1981). *Obras completas*, Tomo VII. Ciudad de México: FCE.
- Reyes, A. (2010) *Diario*, Tomo I, 1911-1927. Rangel Guerra, A. (Ed.). Ciudad de México: FCE.
- Reyes, A. (2010b) *Diario*, Tomo II, 1927-1930. Castañón, A. (Ed.). Ciudad de México: FCE.
- Reyes, A. y Henríquez Ureña, P. (1986). *Correspondencia 1907-1914*. Martínez, J. L. (Ed.). Ciudad de México: FCE.

---

11 En la edición de la *Obras completas* de Amado Nervo de editorial Aguilar este poema aparece fechado 1926; posiblemente el compilador, Alfonso Méndez Plancarte, lo tomó de *Pausas* (1926) donde también figuró en su índice. Alfonso Reyes corregirla en varios momentos dicha pieza la cual aparecerá en su *Constancia poética* (1959) en su versión definitiva.

10 En 1943 Alfonso Méndez Plancarte lo publicará bajo el título *La última luna*.